CUADERNOS SALMANTINOS DE FILOSOFÍA
Vol. 47, 2020, 97-120, ISSN: 0210-4857

FORMAS Y AMBIGÜEDAD DE LA POBREZA EN ANDRÉS PÉREZ DE RIVAS: DEL AISLAMIENTO Y LA BARBARIE A LA CIVILIZACIÓN

FORMS AND AMBIGUITY OF POVERTY IN ANDRÉS PÉREZ DE RIVAS: FROM ISOLATION AND BARBARIE TO CIVILIZATION

Francisco Javier Gómez Díez
Doctor en Historia
Profesor Titular
Departamento de Formación Humanística
Universidad Francisco de Vitoria
j.gomez.prof@ufv.es

Recibido: 01/05/2020
Revisado: 28/08/ 2020
Aceptado: 21/09/2020

Resumen: La obra de Andrés Pérez de Rivas considera la pobreza desde cuatro perspectivas: la pobreza económica, el aislamiento y la barbarie, la ignorancia de la fe cristina y la santa pobreza. Tratándose de los indígenas americanos, en ningún caso aparece la pobreza como injusticia o como el resultado de la injusticia. No hay una denuncia o crítica de contenido social. Pérez de Rivas está hablando de un ser vulnerable, desprotegido y, por lo tanto, de un menor, un necesitado de ayuda, un dependiente. Lo que sí hay es un proyecto para superar esta situación de precariedad, barbarie y paganismo; proyecto que se constituye en un discurso de legitimación del hecho colonial. Este discurso, contenido principalmente en *Historia de los triunfos de nuestra santa fe*, es el objeto de estudio del presente artículo.

Palabras clave: Civilización, Colonialismo, Compañía de Jesús, México, Misiones, Pobreza.

Abstract: Andrés Pérez de Rivas' books consider poverty from four perspectives: economic poverty; isolation and barbarism; ignorance of the Christian faith and holy poverty. In the case of Native Americans, in no case does poverty appear as injustice or as the result of injustice. There is no complaint or criticism of social content. He is speaking of a vulnerable, unprotected being and, therefore, of a minor, a person in need of help, a dependent. What if there is a project to overcome this situation of precariousness, barbarism, and paganism; a project that constitutes a discourse of legitimation of the colonial fact. This speech, mainly contained in History of the triumphs of our holy faith, is the subject of this article.

Keywords: Civilization, Colonialism, Mexico, Misiones, Poverty, Society of Jesus.

Universidad Pontificia de Salamanca

INTRODUCCIÓN[1]

A las misiones fronterizas de la Compañía de Jesús en el noroeste de Nueva España[2] dedicó Andrés Pérez de Rivas[3] *Historia de los triunfos de nuestra santa fe*[4]. El libro narra, según dice el prólogo, la conversión de hombres "más indómitos que leones y osos", con costumbres nunca oídas y una fiera inhumanidad, en "mansas ovejas", su cristianización y su transformación de *bárbaros* en *civilizados*. Expone el desarrollo de las misiones desde tres consideraciones: una lectura hagiográfica dirigida a la comunidad jesuita; una legitimación providencialista y un método de asimilación. La obra plantea problemas muy diversos[5] y de ella se han hecho varias lecturas[6]; mi intención no es analizar las misiones, sino el discurso que construye Pérez de Rivas.

Forma parte de una tradición misionera. En su obra se rastrean con facilidad las tesis de José de Acosta[7]. Los indígenas que analiza forman parte del tercer grupo de bárbaros de entre los establecidos por Acosta en el proemio de su tratado

1 Este trabajo se enmarca en el proyecto de investigación "La acción misionera jesuita y franciscana: imagen e integración de los indígenas del norte de la Nueva España" (UFV2020-40) financiado por la Universidad Francisco de Vitoria.

2 Una extensión de 200 leguas, donde se establen las misiones de Sinaloa, Topia, San Andrés, Tepeguanes y Las Parras; la primera misión de frontera fundada por los jesuitas en Nueva España. Para lo relacionado con estos territorios y los pueblos que los habitaron, cfr. Rodríguez Villarreal, Juan José, *Los indios sinaloenses durante la colonia, 1531 – 1785*. México: CIESAS, 2010.

3 Andrés Pérez de Rivas nació en Córdoba en 1576. En 1604 llegó a Nueva España. Durante veinte años se dedicó a la evangelización de los indígenas en la frontera de Sinaloa. Posteriormente, entre 1638 y 1641, fue provincial de Nueva España. Falleció en la Ciudad de México en 1655.

4 Pérez de Rivas, Andrés, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más fieras y bárbaras del nuevo orbe, conseguidos por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Provincia de Nueva España*. Madrid: Alonso de Paredes, 1645. http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-9547.html

5 Francisco Javier Gómez Díez, "La misión jesuita de Sinaloa (1591-1605) y la obra histórica de Andrés Pérez de Rivas". En: José Luis Caballero Bono (coord.), *Aspectos de la conquista y evangelización de América y Filipinas en los siglos XVI y XVII.* Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2019, pp. 399-405.

6 La obra tiene una utilidad etnográfica; se ha visto en ella un esfuerzo defensivo frente al obispo Palafox y es, entre otras cosas, un modelo de discurso martirial; cfr. Cañeque, Alejandro, *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía hispánica*. Madrid: Marcial Pons, 2020, pp. 307-315.

7 Nació Acosta, en Medina del Campo, en 1640 e ingresó en la Compañía de Jesús con 12 años. Bajo los generalatos de Mercuriano y Aquaviva desarrolló una amplia labor política, intelectual y religiosa. Residió en América entre 1571 y 1687, donde fue provincial en Perú y un activo protagonista en el III Concilio de Lima. En Europa vivió, en primera persona, una de las mayores crisis de la Compañía, como visitador de su orden y procurador en la V Congregación General de la misma; cfr. Jiménez Pablo, Esther, *La forja de una identidad. La Compañía de Jesús (1540-1640)*. Madrid: Polifemo, 2014. Siendo rector del Colegio de Salamanca, falleció en 1600.

Universidad Pontificia de Salamanca

misional[8]. Donde, dependiendo de cuánto se apartasen "de la recta razón y de la práctica habitual de los hombres", distinguía tres grupos. El primero, que se apartaba poco de semejante práctica y, por lo mismo, debía "ser llamado a la salvación del Evangelio" recurriendo a su propia razón y esperando en la actuación interior de Dios; por la fuerza solo se conseguiría alejarlos del cristianismo. Como los chinos, los japoneses y otros pueblos de la India Oriental, se caracterizaban por tener "régimen estable de gobierno, leyes públicas, ciudades fortificadas, magistrados de notable prestigio, comercio próspero y bien organizado y, lo que más importa, uso bien reconocido de las letras". A una segunda clase de bárbaros, donde incluye a mejicanos, peruanos y araucanos, Acosta les reconoce un grado de civilización apreciable, pero, estando todavía lejos de las prácticas propias del género humano, cree necesario someterla a una fuerza y autoridad de gobierno superior.

La tercera y última clase de bárbaros es la que interesa al analizar la obra de Pérez de Rivas. Acosta habla de pueblos "semejantes a las bestias, que apenas tienen sentimientos humanos. Sin ley, sin rey, sin pactos, sin magistrados ni régimen de gobierno fijos, cambiando de domicilio de tiempo en tiempo y aun cuando lo tienen fijo, más se parecen a una cueva de fieras o a establos de animales". Compartiendo estos rasgos, son pueblos diversos. Unos "se alimentan de carne humana, andan desnudos cubriendo apenas sus vergüenzas" y, según Aristóteles, se les puede "cazar como a bestias y domar por la fuerza"; otros no son tan fieros, pero, poco distintos de los animales, vagan "desnudos, asustadizos y entregados a los más degradantes vicios de Venus o incluso de Adonis"; por fin, los hay pacíficos y que, superando algo a los anteriores, presentan una cierta forma de gobierno, pero, "muy cortos de juicio", "tienen unas leyes y unos ritos que se asemejan a niñerías". Todos ellos requieren instrucción humana, ser educados como niños, con halagos, si es posible, o con cierta presión para que "se trasladen de la selva a la convivencia humana de la ciudad y entren, aunque sea un poco a regañadientes, en el reino de los cielos"[9].

En esta tercera categoría acostista encajan los pueblos que describe Pérez de Rivas. No es este el único punto de contacto entre las obras de ambos jesuitas, pero sí el fundamento de su identidad. Pérez de Rivas describe a los pueblos de Sinaloa como grupos seminómadas en permanente estado de guerra. Insiste en que carecían de reyes, leyes, cualquier "género de letras, pintura ni arte" y, junto a algunas virtudes que les reconoce, de las que se echan de menos en las repúblicas civilizadas, habla de sus numerosos vicios[10]. Siendo esta su condición, no cree

8 Acosta, José, *De Procuranda indorum salute* (edición de Luciano Pereña) Madrid: CSIC, 2 vols, 1984 y 1987.

9 Acosta, *De procuranda indorum salute,* pp. 61-69.

10 Pérez, *Historia de los triunfos*, I, 3.

Universidad Pontificia de Salamanca

posible prescindir de la fuerza para civilizarlos. Se justifica en la convicción de que los hechiceros, que mantienen tratos con el diablo, son los responsables tanto de las creencias idolátricas y supersticiosas como de los alzamientos y rebeliones que perturban la paz y dificultan la cristianización[11].

Partiendo de una tesis indiscutible, que la recepción de la fe y el bautismo ha de ser libre y espontánea, busca justificar la presencia de soldados entre los misioneros y la existencia de presidios fronterizos, alegando que no se ordenan a una inaceptable expansión violenta de la fe. Buscan quitar estorbos al Evangelio y dar estabilidad y seguridad a su doctrina. Más allá de que los indígenas no cristianizados desearían acercarse al cristianismo viendo cómo el rey protege a los que ya lo han hecho, argumenta con la necesidad de amparar a los *bárbaros* convertidos al cristianismo, con el derecho que existe a predicar el Evangelio y con la necesidad de responder tanto a la inestabilidad de estas gentes, sobre todo en los principios de su conversión, como a la de garantizar la justicia frente a amenazas y delincuentes, única forma de fundar convenientemente una república. A estos argumentos añade otros: las necesidades económicas de la Corona; los intereses de sus súbditos; el hecho de que la actitud reverente de los soldados hacia los religiosos favorece el respeto de los indígenas o, por último, que rechazar estos medios humanos de evangelización sería tentar a Dios, pidiéndole milagros[12].

1. LA IDEA DE POBREZA

La idea de pobreza tiene en la obra de Pérez de Rivas cuatro dimensiones. Es evidente que trata de la pobreza económica, entendida como carestía y reflejada en la escasez o el hambre, pero también identifica la pobreza con el aislamiento y la barbarie; esta condición le lleva en múltiples ocasiones a hablar de *pobres indios*. Además, en tercer lugar, la condición de pobre se asocia a la ignorancia, a la superstición, al paganismo y, en los términos de Pérez de Rivas, a la sujeción al demonio. En ninguna de estas dimensiones aparece la pobreza como injusticia o el resultado de la injusticia y, en este sentido, no cabe esperar una denuncia o crítica de contenido social en el hecho de llamar *pobres* a los indígenas. Está hablando de un ser vulnerable, desprotegido y, por lo tanto, de un menor, un necesitado de ayuda, un dependiente. En paralelo y para remediar estas formas de pobreza, desarrolla, elogia con entusiasmo y, quizás, busca promover otra: la pobreza religiosa, que es libre elección y, por lo tanto, virtud. Es también dependencia, pero no inseguridad; es entrega confiada a Dios.

11 Pérez, *Historia de los triunfos*, I, 5.
12 Desarrolla esta discusión principalmente en Pérez, *Historia de los triunfos*, II, 12-15.

Universidad Pontificia de Salamanca

Las primeras dimensiones de la pobreza justifican una actuación para romper el aislamiento en el que viven los indígenas, conduciéndolos a la "vida en policía", y cristianizarlos. Su condición de hijos de Dios –la unidad del género humano– legitima este proyecto, que, en el seno de un esquema misional global, donde en repetidas ocasiones se hace referencia a los más diversos ministerios jesuitas del mundo europeo al Japón, busca integrar las diversas naciones de indios.

La pobreza religiosa nos presenta al sujeto actuante –al misionero– y forma parte de una defensa de la Compañía de Jesús frente a sus críticos.

2. LA POBREZA COMO NECESIDAD

2.1. Pobreza económica

La pobreza económica –aunque pueda resultar paradójico– no es la más importante en la obra de Pérez de Rivas. Tampoco es ajena a su discurso. En las tierras de misión, las naciones indias vivían, antes de la llegada de los colonizadores, una existencia marcada por la carestía, la falta de recursos y la austeridad. Una y otra vez, se habla de paupérrima gente que habita una pobre tierra.

Pérez de Rivas lamenta que la pobreza de la tierra y su lejanía de la ciudad de México complique el establecimiento exitoso de minas[13]; repite, con frecuencia, la sorpresa que a cualquier europeo le generaría descubrir de qué se sustentan los indígenas, la pobreza de su vestido, sus casas o sus recursos médicos y asistenciales[14]. En definitiva, "la penuria y falta de todo lo necesario para la vida humana"[15] es un problema al que debe enfrentarse el misionero. Alaba la caridad y elogia al gobernador, Rodrigo del Río y Lossa, por ser como un Abraham que convierte sus estancias en lugar de amparo para peregrinos, pobres y necesitados[16]; reconoce que la pobreza de la tierra es tal que ni pueden pagar tributos[17] y observa a los indígenas, ya cristianizados, impelidos por la pobreza a buscar trabajo fuera de su provincia[18].

13 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 1, 4.
14 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 2, 6-7; I, 3, 12; II, 3, 39; VI, 19, 395; VI, 20, 397.
15 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 22, 342.
16 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 1, 36.
17 Pérez, *Historia de los triunfos,* IX, 10, 544.
18 Pérez, *Historia de los triunfos,* VII, 7, 431.

Universidad Pontificia de Salamanca

2.2. La pobreza, condición del bárbaro

Los indígenas que describe Pérez de Ribas no son sólo, ni principalmente, económicamente necesitados. Desde una perspectiva política, son, antes que ninguna otra cosa, bárbaros aislados de la civilización. Hombres de costumbres fieras y prácticamente indefensos ante la naturaleza[19]. Pérez de Rivas detecta todos los rasgos que definen, en el modelo de Acosta, al tercer grupo de bárbaros: esos, siendo, en su inmensa mayoría, nómadas o seminómadas, carecían de letras, leyes y reyes que sujetasen su naturaleza[20]. "Hacia –dice a propósito de los chichimecas, ese término impreciso que tantas veces actuaba como sinónimo del bárbaro hostil– muy dificultosa la conquista de esta gente para los españoles, el no tener estos barbaros puesto señalado para su habitación, ni tener rey, ni cabeza que los gobernase, y así andaban divididos y en cuadrillas, como salvajes, por toda la tierra que es muy dilatada"[21]. Su salvaje primitivismo se refleja en la generalizada escasez de vestido, que asocia a la multiplicación de los vicios y, por lo mismo, señala las excepciones –por ejemplo, entre los nebomes altos– y las relaciona con la honestidad[22].

También como Acosta, tiene claro que las *naciones* de las que habla son diversas. Hay agricultores –de agricultura poco desarrollada– y, a su alrededor, pueblos de montaraces o serranos, un "peregrino género de gentes" mucho menor en número, y mucho más pobre, que los primeros[23]. Ahí se refleja claramente esa miseria más identificada con la barbarie que con la necesidad: estos pueblos, ignorantes, son felices con lo poco que tienen en su modo de vivir "extraño del hombre"[24], donde ni se cultiva, ni se hace provisión de nada[25]. Son, por lo general, más agresivos que los agricultores y, en algunos casos, denuncia la presencia de antropófagos, como los xixime[26].

Aunque nunca estuvieron abandonados de Dios (sustentó a estas *pobres gentes* como cuida del pájaro[27]), vivían en tierras hostiles, pedregosas, frías, secas y estériles, muy inadecuadas para fundar en ellas una población[28]. Así era muy

19 Pérez, *Historia de los triunfos,* I. 1, 1-3.
20 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 3, 11-2.
21 Pérez, *Historia de los triunfos,* XII, 2, 722.
22 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 3, 12; V, 1, 285; VI, 2, 360-1.
23 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 2, 8; II, 30, 110-11; IV, 7, 254.
24 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 2, 7.
25 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 7, 152.
26 Pérez, *Historia de los triunfos,* IX, 4, 531.
27 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 1, 4; I, 4, 14.
28 Pérez, *Historia de los triunfos,* IV, 33, 227.

Universidad Pontificia de Salamanca

difícil reducir a estos pueblos un modo de vida humano, y por consiguiente al cristianismo[29].

El rasgo fundamental que define su pobreza y su barbarie es la incomunicación. Los distintos pueblos viven en tierras apartadas y remotas, divididos y enfrentados entre ellos, con guerras crueles que dificultan el conocimiento y el comercio[30]; no se comunicaban con otras naciones –dice, en este caso de los hiaquis– sino para matarse[31]. Lo mismo escribe de los huites: habitaban en chozas, en cuevas y entre riscos de difícil acceso, prácticamente sin agua y no a más de siete leguas de los sinaloas, pero sin más trato con ellos que la guerra[32].

> No se ha de entender que [estas naciones] son tan populosas –sintetiza esa imagen general que identifica pobreza con aislamiento y barbarie– como las que se diferencian en nuestra Europa; porque estas bárbaras son mucho menores de gentes pero muchas en número; y las más en lenguas, y todas en no tener comercio, sino continuas guerras, unas con otras, y división de tierras, y puestos que cada una reconoce[33].

Por todo esto la expansión y colonización hispana no sólo no es injusta, sino beneficiosa. Esas tierras estaban llenas de minas y buenas tierras que nadie explotaba y a nadie beneficiaban. En cambio, explotadas por españoles, "han hallado [los indígenas] en sus tierras abundancia de sustento, vestido, riqueza, con otras comodidades temporales"[34].

2.3. La condición de pobre asociada a la ignorancia, a la gentilidad

La asociación que más repite Pérez de Rivas al tratar de los indígenas y su pobreza es aquella que la relaciona con su gentilidad, su ignorancia de la fe y, lógicamente, con el esfuerzo, exitoso casi siempre, por salvar sus *pobres* almas. El punto de partida es la condición del hombre que, "cuando por el pecado perdió la habitación deleitable del paraíso" cayo en la miseria[35] y el hilo conductor, el empeño jesuita, plagado de sacrificio y martirio, "en ayudar a la salvación de las almas de humildes y pobres indios"[36].

29 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 8, 371.
30 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 2, 6; I, 3, 8-9; IV, 1, 237; XII, 1, 719.
31 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 1, 285.
32 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 28, 211.
33 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 1, 359.
34 Pérez, *Historia de los triunfos,* X, 1, 573.
35 Pérez, *Historia de los triunfos,* I, 2, 7.
36 Pérez, *Historia de los triunfos,* XII, 15, 749.

Universidad Pontificia de Salamanca

Si se lamenta la secular sujeción de esa pobre gente al demonio, que los mantenía retirados y escondidos[37], repetidas veces nos encontramos con la expresión pobres almas o pobres naciones llamadas a la salvación, resistentes o reacias a la misma y, siempre, receptoras de ella[38]. Por ello se insiste en sacar a estos pueblos de sus pobres riscos para adoctrinarlos[39], en hacerles ver la diferencia entre su forma de vida y la de los cristianos[40], en la dedicación de los misioneros[41] y en los frutos que se están alcanzando, prueba evidente "de que no se trabaja en valde"[42].

En ninguno de estos casos –pobreza económica, barbarie y gentilidad– aparece la pobreza como injusticia o fruto de la injusticia y no tiene moralmente una connotación negativa; los indígenas no son culpables de su pobreza ni víctimas de la injusticia ajena. Son como niños necesitados de tutela y enseñanza. Es significativo que, en relación con la gentilidad, la *pobre gente* puede ser pervertida por un hechicero, pero éste nunca será considerado pobre[43]. Es un servidor del demonio, no una víctima.

3. LA LUCHA CONTRA LA POBREZA

Esta pobreza –atraso, barbarie o gentilidad– requiere actuar contra ella rompiendo el aislamiento y conduciendo a los indígenas a una "vida en policía". El procedimiento defendido por Pérez de Rivas coincide plenamente con el de Acosta:

> a estas gentes es menester tratarlas unas veces como a niños, otras veces como a fieras y siempre con autoridad de padres. Las amenazas que les hacía era que los dejaría y me volvería a mis pueblos cuaques, que yo doctrinaba, donde tenía iglesias, donde me amaban mis hijos cuaques, donde se acudía a la doctrina, donde vivían en paz y yo estaba contento y seguro con ellos. Razón y plática era esta, que les lastimaba, y no me pesaba, y la creían: porque sabían muy bien, y habían visto por sus ojos muchos de los hiaquis la cristiandad, paz y asiento de aquella nación[44].

37 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 20, 338; VIII, 1, 469; XI, 1, 670.

38 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 6, 48; II, 25, 98; III, 5, 148; III, 28, 212; IX, 1, 522; X, 2, 577; XI, 15, 696; XI, 21, 707.

39 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 29, 213.

40 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 5, 45.

41 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 36, 129; XI, 16, 698.

42 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 17, 329.

43 Pérez, *Historia de los triunfos,* X, 29, 630.

44 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 12, 315-6.

Universidad Pontificia de Salamanca

Como ya he señalado, no me interesa en esta ocasión estudiar el desarrollo de las misiones o el auténtico alcance de la metodología misional[45], sino el discurso de Pérez de Rivas. Reconociendo la necesidad de contar con el poder político y la sociedad laica, desarrolla el proceso civilizador en cinco momentos: la atracción del pueblo indígena, donde se combina todo aquello que agrupa bajo el término acariciar con el recurso al miedo, a los intereses mutuos y a las alianzas; el bautismo, con toda la problemática práctica y doctrinal que Pérez de Rivas no ignora; la reducción de los pueblos, de cuya complejidad se tiene plena conciencia; la construcción de templos *más de propósito* y, por fin y como resultado, la mezcla de las naciones, su pacificación y su integración.

3.1. Atraer

El primer paso de este esfuerzo es atraer a la nación indígena; hacerla entrar en contacto con los españoles, el misionero o, en algún caso, las comunidades indígenas cristianizadas. Pérez de Rivas tiene claro que lo espiritual depende, o se ayuda, de lo temporal "por ser la composición del hombre de alma y cuerpo; y medio espíritu, y medio barro; y tener las operaciones del alma en esta vida, dependencia de las del cuerpo y su disposición, y concertada ésta, se sujeta con más blandura el hombre a la observancia de la ley de Dios"[46].

Como método de atracción con insistencia habla Pérez de Rivas de acariciar: *tratar a alguien con amor y ternura*, dice en su segunda acepción el diccionario de la Academia. Es muy habitual recurrir al regalo. Puede ser tan variado como sencillo: cuentas de vidrio con que se adornan, hachuelas, cuchillos, cosas de vestido, medicinas, una aguja para coser sus redes, mantas, flechas, arcos, alguna cosa de comida[47]. Se beneficia a los que ayudan con la doctrina, con la intención de favorecer procesos de emulación entre los neófitos[48] y, sobre todo, a los ca-

45 Baste citar, a modo de comparación, el informe "Población y conversión entre los serranos acaxes", c. 1600, recogido por F. Zubillaga, *Monumenta Mexicana*, vol. VII (1599-1602). Roma: IHSI, 1981, pp. 260-352. El informe deja claro el amparo que el poder español ofrece a las distintas comunidades indígenas; la asistencia económica que les presta en algunos momentos; la presión que realiza para incorporarles al trabajo; la resistencia indígena o la auténtica dimensión del recurso a la violencia, a las amenazas o al castigo, mucho más riguroso de lo que trasmite Pérez de Rivas, si bien bajo el mismo planteamiento. "Por lo cual, asimismo, el dicho capitán y padre –dice el informe– hablaron a los mismos indios alegándoles y diciéndoles que el azotarles dicho capitán no es por quereres mal, sino porque entienda lo que les convenga y no andar como caballos en los cerros sin respetar ni obedecer lo que les mandan los padres y el dicho capitán"; p. 304.

46 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 25, 97.

47 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 4, 146; III, 9, 158; VI, 8, 372; VIII, 7, 485.

48 Pérez, *Historia de los triunfos,* VIII, 7, 485.

Universidad Pontificia de Salamanca

ciques, a los que se puede hacer regalos más valiosos, incluso caballos[49]. Están convencidos de que, por poco que sea lo regalado, se gana mucho para Dios ya que "la beneficencia rinde a las naciones más fieras del mundo"[50].

No es sólo la actuación del misionero o del capitán. Es importante convertir a los indígenas en un factor de atracción para otras comunidades, convidando a los todavía no bautizados a las fiestas que se organizan, permitiéndoles rescatar libremente maíz, dándoles parcelas de tierra para instalarse y ofreciéndoles hospitalidad temporal[51].

Siendo el regalo un recurso muy frecuente, el punto de partida es el ejemplo, que estructura toda la obra de Pérez de Rivas. Los misioneros no van a buscar riquezas, están dispuestos a vivir como los indígenas e, incluso, a entregarles caritativos lo que del rey reciben para su sustento[52]. Si se observa en el día a día, esto se ejemplifica con claridad en las situaciones extraordinarias, en las epidemias que asolan los pueblos o en los momentos de hambre[53].

No menos importante en todo este proceso es la intención de hacer visible lo que significa el desarrollo. Así, Gonzalo de Tapia, uno de los primeros misioneros y el primer mártir, cuando se dirige a México a informar de los progresos de la misión, lleva consigo a un grupo de indios para darlos a conocer en la ciudad y para que ellos vean la cristiandad rica y populosa y, al volver a su tierra, refieran en sus escondidas naciones lo que han visto. Si hemos de creer al cronista, los indios "volvían regalados, y acariciados, y traían mucho de contar de lo que en México habían visto"[54]. No es la única ocasión en la que se recurre a esta estrategia, que sirve además para dejar claro que el predicador no es un pobre que busca "su maíz"[55]. El ministro del Evangelio ni va a pedirles nada, ni por necesidad de su comida, que es toda la riqueza que ellos alcanzan[56].

En otras ocasiones, se aprovechan circunstancias imprevistas para manifestar lo mismo. Así, cuando en 1615 llegó un barco a la costa de los ahomes, su presencia fue de gran utilidad porque quedaron pasmados, y con más estima y miedo de los españoles, al ver algo tan novedoso. "A la vuelta me dijeron: Padre, ahora nos confirmamos en toda la doctrina que nos predicas en la Iglesia, porque hemos

49 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 5, 297; XI, 6, 679; XI, 8, 682.
50 Pérez, *Historia de los triunfos,* VIII, 7, 485; III, 5, 149.
51 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 8, 153; III, 8, 153; III, 32, 224.
52 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 16, 327.
53 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 6, 46; III, 9, 158.
54 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 5-6, 45-6.
55 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 14, 70.
56 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 4, 147.

Universidad Pontificia de Salamanca

visto por nuestros ojos lo que algunas veces nos habías referido, que habías venido de tu tierra, por la mar en una casa de palos"[57].

El miedo también juega un papel decisivo. Un miedo que se construye desde la amenaza: una pequeña *fuerza de soldados e indios amigos* que acompaña en ocasiones al misionero o en el establecimiento de fuertes o presidios en las zonas más vitales o problemáticas[58]. Pérez de Rivas reconoce paladinamente que los chinipas rechazaron el contacto con los españoles hasta que, establecido el fuerte de Montesclaros, fueron a pedir paces y padres para que los adoctrinases; así encaminó Dios su salvación, concluye[59].

La amenaza se concreta, en ocasiones, por medio del castigo que, pese a los esfuerzos de Pérez de Rivas por trasmitir lo contrario, no parece benigno. Después de cada rebelión, por lo menos, los instigadores son castigados con rigor. Entonces, Pérez de Rivas insiste satisfecho en los prodigiosos frutos que se consigue tras arrancar la mala hierba[60].

Los indígenas también consideran sus intereses: en ocasiones, materiales como los batucaris que se acercan a los ahomes, ya bautizados, para comerciar[61]; en ocasiones, estratégicos. Los indígenas saben que los españoles pueden garantizarles protección contra sus enemigos y, también, que aliados éstos con los españoles, prácticamente se ven obligados a pactar. Un misionero, en este sentido, dio a entender a los chinipas que no debían temer a enemigo alguno, "porque ninguna nación se les atrevería, estando el amparo del capitán, y con padre en sus tierras"[62]. El texto de Pérez de Rivas refuerza la tesis de Hausberger, que ha defendido que la misión fue, en un momento inicial, vista por los indígenas como la única garantía para la supervivencia de su comunidad, muy hostigada por diversos factores[63].

Pérez de Rivas justifica la defensa de los aliados e, incluso, de los débiles frente a grupos más agresivos a los que, en numerosas ocasiones, con más o menos fundamento, acusa de antropófagos[64]. Las tropas españolas atacan a los hiaquis en defensa de indios amigos y, rendidos aquellos y castigados los rebeldes,

57 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 10, 160-62.
58 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 8, 154; III, 17, 178-9; IX, 10, 543.
59 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 31, 220.
60 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 12, 378.
61 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 7, 152.
62 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 31, 222.
63 Hausberger, Bernd, *Miradas a la misión jesuita en la Nueva España*. México: El Colegio de México, 2015, 202-5.
64 Pérez, *Historia de los triunfos,* IX, 4, 531.

Universidad Pontificia de Salamanca

ofrecen a los indígenas que reconocen la autoridad del rey amparo frente a sus enemigos[65].

La idea más repetida es la protección que el poder español ofrece a todos los bautizados o a aquellos que se dirigen a él en busca de bautismo. Así, los a nebome cruzan por tierras de naciones hostiles protegidos por el temor que inspira el capitán Hurdaide[66].

La incorporación de los mayos es muy ilustrativa. Habían vivido aislados de los españoles y en guerra con algunos de sus vecinos. Cuando se abrió paso a sus tierras, los mayos gustaban de visitar a los pueblos cristianos, para "ver sus iglesias, su asiento y paz de que gozaban" y, así, se fueron aficionando a desear ver otro tanto en sus tierras. Más aún, cuando se iniciaron las obras para levantar el fuerte de Montesclaros, un gran número de mayos se ofreció "a trabajar en la obra, de su voluntad, y sin ser llamados" y, antes de ser cristianos, colaboraron como soldados amigos en alguna entrada del capitán, recibiendo, además, sus caciques algunos caballos y otras cosas para tenerlos contentos[67]. El resultado final es el deseado. Los mayos, una vez hechos cristianos, multiplicaron sus tierras de cultivo y sus cosechas permitiéndose así "socorrer a las naciones comarcanas, y todo servía para que estuviesen con mucho gusto en la nueva ley de Dios"[68].

Más claro se ve el objetivo en la respuesta de unos indios amigos a la agresión de otro pueblo: "Dejemos esta causa al capitán que él volverá por nosotros"[69]. Viene a ser el reconocimiento de una autoridad pública superior que integra *naciones* poco antes enfrentadas.

3.2. Bautizar

En la medida en la que los pueblos indígenas son atraídos se pone en marcha su bautismo. Tras celebrar, con premura, el de niños y moribundos, se pretende celebrarlo siempre con la mayor solemnidad posible, como factor de prestigio y de emulación. Además, y esto es importante teniendo presente que el objetivo último es romper con el aislamiento de las diversas naciones indias, los padrinos de los nuevos bautizados son muchas veces indígenas de otras comunidades que

65 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 5, 296-8.
66 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 34, 119.
67 Pérez, *Historia de los triunfos,* IV, 1, 237.
68 Pérez, *Historia de los triunfos,* IV, 3, 242.
69 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 9, 374.

Universidad Pontificia de Salamanca

aprovechan la celebración, para reforzar los vínculos e intereses comunes, cuando no para ampliar las dimensiones de la reducción[70].

3.3. Reducir

Si lo que ha definido la barbarie se ha vinculado estrechamente a una situación de dispersión, aislamiento, inaccesibilidad y hostilidad del lugar de habitación, es lógico que la reducción de la población indígena a emplazamientos más adecuados sea para los misioneros fundamental. Saben, por experiencia, que las naciones indígenas deben ganarse "con traza, con tiempo, y paciencia" y, en algunos casos, tardan más de dos años en poder afirmar que han alcanzado su objetivo. Tienen conciencia de la gran dificultad que entraña el proceso. Implica alterar las formas de vida y, temporalmente, la viabilidad económica de las comunidades. Por compleja que sea, la tarea fundamenta cualquier esperanza de éxito "para lo temporal de los indios, como lo espiritual de la doctrina"[71].

3.4. Edificar

En los primeros momentos toda la atención del misionero se concentra en bautizar a los niños y a los enfermos y en impulsar la reducción de los pueblos. Superada esta urgencia, llega el momento de edificar templos *de propósito*, lo más hermosos y capaces que sea posible: "iglesias vistosas, y de dura [sic], que en lo material representan la majestad de Dios", sin perdonar el gasto, "grande, en herramientas y oficiales, en tierra tan aparta del comercio"[72].

La construcción se convierte en una obra colectiva que, movilizando a todo el pueblo, lo cohesiona y lo capacita en diversos oficios, con la sacrificada entrega de los misioneros, ahora, maestros de obra[73]. Fundamentalmente, desempeña cinco funciones: protege a la comunidad, desarrolla la laboriosidad del indígena, activa su inserción en la economía novohispana, favorece procesos de emulación que contribuyen a la cristianización y, en definitiva, arraiga a los indígenas en su nueva vida.

70 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 4, 148; III, 5, 149.
71 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 6, 151; III, 8, 156; V, 13, 317; XI, 8, 582.
72 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 6, 367.
73 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 9, 158; III, 5, 148; V, 19, 334.

Universidad Pontificia de Salamanca

La protección que proporciona un sólido templo rara vez interesa a Pérez de Rivas, pero la conoce e, incluso, llega a explicitarla en alguna ocasión:

> Para dar más asiento a las cosas de la doctrina y cristiandad, y mayor seguridad de la gente que a la villa se había agregado de indios mexicanos, tarascos y otros fieles, que se habían recogido a ella al tiempo de los alborotos pasados, dieron orden los padres, ayudando con sus limosnas los españoles de reales de minas de Topia y San Andrés, para edificar en la villa otra iglesia más segura que la de paja que tenían. Aunque se hizo de adobes, salió muy capaz y fuerte. Podía servir de fuerza y refugio a toda la gente del pueblo en casos de acometimientos y asaltos de enemigos[74].

Es más importante la construcción de iglesias para fomentar la laboriosidad. Las *Ordenaciones particulares con que se gobiernan los religiosos de la Compañía de Jesús que se emplean en estas misiones entre naciones bárbaras*, citadas por Pérez de Rivas, en su duodécimo punto señalan:

> Aunque los nuestros deben exhortar e inducir a los indios que se hagan al trabajo, que les aprovechará, así para escusar la ociosidad, que es raíz y madre de todos los vicios, como para que se hagan a la vida más política y ganen para vestirse y sustentarse; esto se hará sin violencia, antes con blandura, porque no se exasperen, ni otras naciones gentiles tomen de ahí ocasión de ojeriza a la vida cristiana, pareciéndoles que el serlo es para trabajar o ser cautivos[75].

La prudencia con la que se formula la instrucción, reflejada en otras ocasiones[76], no permite ignorar los objetivos ni los ideales que esconde. En una ocasión, los templos recién edificados son arruinados por una inundación y deben reconstruirse. Pérez de Rivas escribe que Dios pudo pretender,

> con este suceso, que los indios se hiciesen y acostumbrasen al trabajo, y saliesen de la ociosidad, obligándoles a hacer otras. Que sabido es en todas las repúblicas del mundo, ser de grande utilidad y provecho a los hombres el trabajo, y causa de infinitos daños la ociosidad, que viene a ser peste de la república; y quería Dios sacar a estas gentes de aquella inculta vida, en que se habían criado[77].

Es evidente, y a veces violenta, la pretensión de insertar al indígena en la economía virreinal.

> Para más obligarlos a salir de sus picachos, y de entre peñas, les hizo acarrear con sus mulas y recua el maíz, y sustento que tenían, a los lugares donde se habían

74 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 15, 73.

75 Pérez, *Historia de los triunfos,* VII, 14, 450.

76 Por ejemplo, Pérez de Rivas señala que, ante el entusiasmo con que trabajaban los indígenas, el misionero debía mandarles descansar; *Historia de los triunfos,* VI, 14, 386.

77 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 25, 98.

Universidad Pontificia de Salamanca

> de reducir y finalmente, con el ánimo cristiano y generoso con que trataba esas cosas, para acariciarlos más, les compró tierras de los cristianos vecinos, que pudiesen cultivar, y árboles frutales, de que gozasen: encargando a los vecinos cristianos, que les ayudasen a hacer sus casas de nuevo, con que el que era desierto, se trocó en grande pueblo. Y para que más de asiento parasen en él, se quemaron los ranchos antiguos[78].

Se insiste, con satisfacción, en la asiduidad con la que se han dado al trabajo agrícola o asalariado para obtener recursos y adornar sus iglesias[79], conseguir mejores ropas o insertarse en el mercado local. Nada en este proceso, pese a lo exagerado que resulta, le resulta cuestionable a Pérez de Rivas. Oían con orgullo, escribe, los consejos del misionero sobre la necesidad de vestirse convenientemente y, para lograrlo, buscaban trabajo asalariado fuera de la provincia o ampliaban sus tierras de cultivo llegando, incluso, a quitarse "de la boca sus frutos, quedaban obligados a pasar parte del año con raíces del monte", para ampliar sus beneficios[80].

Si hay un concepto repetido en la tradición educativa jesuita es el de emulación; el mismo que aparece, en esa frontera borrosa con la envidia, en la crónica misionera. Los jesuitas impulsan a las comunidades de neófitos a construir templos que sean la admiración de sus vecinos y el orgullo de sus parroquianos. Una y otra vez reconocen construirlos buscando la emulación entre las distintas comunidades; iglesias muy vistosas que no resulten inferiores a las de "sus vecinas naciones". Una vez edificadas celebran su consagración, con la mayor solemnidad posible, con el mismo propósito y buscan ornamentarlas convenientemente, aprovechando, a veces, las limosnas que reciben los padres para su manutención[81]. Enviaron de México dos retablos, escribe en cierta ocasión, "que, aunque no ricos ni suntuosos, con todo en aquella tierra, y de aquella cristiandad, se celebraban y admiraban con grande aplauso"[82]. Así una y otra vez, insiste en como las "naciones vecinas se admiraban de ver cosa tan nueva y se encendían en deseos de ver otras semejantes en sus pueblos"[83], mientras otros "se preciaban de ser los primeros y singulares en tener tales edificios"[84].

Se trata de un claro instrumento de arraigo:

78 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 30, 110.
79 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 34, 121.
80 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 25, 97.
81 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 25, 97; III, 12, 168; III, 21, 190; III, 24, 200; III, 26, 204; V, 19, 334-35.
82 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 26, 204; II, 36, 128.
83 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 9, 159; III, 12, 165.
84 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 25, 98.

Universidad Pontificia de Salamanca

> no ven la hora de ver acabadas sus iglesias, y que se llegue el día de dedicarlas; fiesta que celebran con grande solemnidad de regocijos, y convites de naciones extrañas, como queda escrito. Y cuando ven ya levantados estos edificios, no se hartan de mirarlos, gloriándose de tenerlos en sus pueblos, y estos les convida a hacer en ellos más asiento[85].

Así, un misionero trata con los zoes la edificación del templo "para que cobren más amor al puesto como en realidad de verdad lo suelen cobrar"[86]. Como lo hacen también los sisibotaris, con tal éxito que su vista "los detiene en sus pueblos para no desampararlos, ni acordarse de sus rancherías antiguas"[87].

Años después Pérez de Rivas escribe una segunda obra, donde, por su carácter general, sólo dedica un libro, el undécimo, a prolongar la crónica de las misiones de Sinaloa, pero, quizás por su brevedad, es en no pocas ocasiones más explícito. "Edificar, iglesias –dice–, medio que es muy importante no sólo para celebrar los misterios divinos y cristianos, sino también para hacer más asistente la gente en sus pueblos"[88].

Arraigo gracias al templo y en torno a él, pues pronto se animan los indígenas a construir calles, plazas y casas de adobe, como haciendo escolta al templo[89].

3.5. Integrar y pacificar

Si la condición de pobreza se ha definido a partir del aislamiento y la barbarie, mil veces plagada de violencia, es lógico que el éxito de su extirpación se vincule a la mezcla de las distintas *naciones*, a su convivencia pacífica y a la integración en una amplia red social que se extienda por Nueva España.

Pese a la insistencia en reconocer la variedad de naciones y lenguas, no se ve en esta diversidad ningún beneficio, ninguna ventaja ni ningún bien. El bien se identifica con la disolución de esta diversidad y, así, se elogia la liberalidad con la que unas comunidades, cristianizadas o en vías de cristianizar, reparten maíz y tierras a otras; se felicitan por la amistad establecida entre pueblos que, poco antes, se ignoraban o competían o por el hecho de que se asienten naciones montaraces

85 Pérez, *Historia de los triunfos,* VII, 7, 429.
86 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 27, 210.
87 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 17, 391.
88 Andrés Pérez de Rivas, *Crónica y historia religiosa de la provincia de la Compañía de Jesús de México*. México: Sagrado Corazón de Jesús, 1896, XI, 1, 489.
89 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 27, 210; VI, 17, 391.

Universidad Pontificia de Salamanca

con sus vecinos, tradicionalmente hostiles[90]. Tanto es así, que se convierte en táctica habitual. Fue de mucha ayuda para la cristianización

> llevar algunos pobladores de naciones más políticas, y cristianas, que poblando y haciendo sus casas en las reducciones de las bárbaras e incultas, y viniendo con ellos los que como indios son de su calidad; y por otra parte ya cristianos antiguos, y más ladinos en cosas de cristiandad, por medio de ellos se introducen más fácilmente las costumbres y modos de vivir de nuestra santa y cristiana religión[91].

La satisfacción ante este logro se relaciona con el punto de partida. Se ha pasado de una guerra continua que impedía el comercio y la comunicación, a una "paz, amistad y hermandad" entre las naciones cristianas, que convida y persuade "a las gentiles sus vecinas, a que se hagan cristianas, oigan la palabra de Dios y pidan religiosos que entren en sus tierras a bautizarlos", para gozar de la paz que ellos disfrutan[92].

El resultado es beneficioso para todos. Cuando los xiximes dejaron de atacar a los acaxees y éstos perdieron el miedo en el que vivían, cultivaron con más éxito sus tierras y pudieron integrarse en el mercado, proporcionando alimentos a los españoles que se habían asentado en aquellas tierras[93]. Lo mismo sucedía en las de los hiaqui, donde se pudo entrar libremente "a rescatar maíz y otras cosas que estimaban"[94]. El resultado final –la integración de esos pueblos en la economía virreinal– parece satisfacer a Pérez de Rivas[95]. Es especialmente ilustrativo uno de sus argumentos para explicar la disminución de la densidad de la población indígena.

> Después que entraron los españoles, se han poblado millares de estancias de ganado, granjas, y haciendas de campo, y de minas, ingenios de azúcar, las cuales no había en su gentilidad. Y hoy al abrigo de estas haciendas, y en cada una de ellas, hay casi un pueblo de indios, los cuales si se redujeran a sus antiguos pueblos, no se hallaran tan despoblados como parecen. Y el vivir y avecindarse los indios en tales estancias y pueblos, está ya muy introducido en las indias; y les está muy bien a sus naturales, porque tienen tierras, y comodidades, si quieren sembrar, y la comida y sustento muy seguro[96].

90 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 34, 121; III, 8, 156; III, 9, 157; III, 26, 207-8.
91 Pérez, *Historia de los triunfos,* XI, 11, 688.
92 Pérez, *Historia de los triunfos,* VI, 6, 367.
93 Pérez, *Historia de los triunfos,* IX, 9, 542.
94 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 19, 334; VI, 14, 385.
95 Pérez, *Historia de los triunfos,* VII, 7, 432.
96 Pérez, *Historia de los triunfos,* IV, 5, 251.

Universidad Pontificia de Salamanca

Además, "como en su gentilidad estaban tan encerrados", dice de los mayos, son "amigos de andar y curiosos de ver otras tierras", repartiéndose por toda Nueva España y trabajando[97].

Pérez de Rivas tiene en cuenta la presencia de españoles que buscan en la frontera su prosperidad, a veces codiciosos, pero, en otras ocasiones, generosos y preocupados por la cristianización y prosperidad del indígena[98] y, en todos los casos, beneficiosos a ésta. Entre otras razones porque la plata escondida en las tierras mejicanas es una de las armas a las que recurre el Señor para defender a la Iglesia católica y extender el evangelio; una plata que los indios ni conocían ni aprovechaban[99].

No es menos útil ni elogiado el proceder de la Corona, que, viendo tantas ventajas temporales y espirituales en las reducciones, determinó que, en algunas de éstas y a expensas de la hacienda real, se diese a los indios ración de carne, otras cosas de sustento y, a sus principales, vestidos y espadas, para reforzar su autoridad con su gente hasta que tuvieran más asiento y comodidad[100].

Todo se justifica invocando su condición de hijos de Dios (unidad del género humano), considerando las misiones novohispanas en el interior de un esquema misional global y buscando la integración de las diversas *naciones*.

Los indígenas se han integrado con éxito en la nueva economía colonial. Pérez de Rivas constata como para ganar para el vestido salen de su tierra a trabajar. Algunos vuelven, pero otros se hacen a la vida entre españoles o en los reales de minas donde las jornadas son más crecidas y más beneficiosas[101]. Las minas son reclamo para muchos y el proceso genera una serie de beneficios.

> Demas de ello estos indios amansados (como los traten bien) ellos de su voluntad hechos al trabajo, y codiciosos de vestirse (que lo son mucho en comenzándolo a usar) estando ya convertidos, se aplican al trabajo, y labor de las minas; las cuales finalmente cayeran, por ricas que fueran, si les faltara esa ayuda, y avío de los indios. Y tal vez ganados, y acariciados, ellos mismos han dado noticias de las minas, que estaban encubiertas[102].

Cuando los acaxee se incorporan al trabajo en las minas de Topia todo mejora porque, siendo fuertes para el trabajo y vitales para el desarrollo de las minas, se benefician mucho como asalariados, "así los indios que son diestros en la labor

97 Pérez, *Historia de los triunfos,* IV, 5, 252.
98 Pérez, *Historia de los triunfos,* II, 20, 85-6; II, 36, 128; III, 10, 160; III, 16, 177.
99 Pérez, *Historia de los triunfos,* VIII, 1, 470.
100 Pérez, *Historia de los triunfos,* XI, 8, 682.
101 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 21, 340.
102 Pérez, *Historia de los triunfos,* IX, 10, 544.

Universidad Pontificia de Salamanca

de minas andan lucidamente tratados y vestidos"[103]. Otros han sido de gran ayuda en las haciendas de labor y en las de ganado, "y al fin todo ha servido para que esta gente, juntamente con recibir la fe, se aplique al trabajo, y a vivir vida política, y cristiana"[104]. Pérez de Rivas insiste en repetidas ocasiones: cuando los indígenas ya cristianizados cultivan pacíficamente sus tierras, favorecen con el ejemplo la cristianización de otros, socorren con bastimento a los reales de minas, ayudan con su trabajo a labrar las tierras de los españoles y obtienen para sí ganancias, vestido y sustento[105]. Los ejemplos pueden multiplicarse:

> Porque en estos pueblos todos han hecho sus casas de adobe, y azoteas. Muchos de ellos se han aplicado a aprender oficios de los que son necesarios en una república. Y aun entre ellos hay algunos tan diestros, que saben hacer instrumentos músicos, chirimías y flautas, y piezas de altar, como sagrarios y otros vasos[106].

Todo este proceso de transformación queda claramente sintetizado en el desarrollo de la nación huite. Habitaba en chozas y cuevas entre riscos impenetrable y estériles, a no más de siete leguas de la nación Sinaloa. Con todo, "no se veían, ni trataban, ni comunicaban con ellos, sino era con los arcos, y flechas, para matarse, ni sabían de otro mundo más del que se encerraba entre aquellas peñas". Para convertirlos era necesario afincarlos en un lugar accesible, donde pudiesen ser doctrinados "y formar pueblo en policía y habitación de hombres". Para lograrlo, el misionero encomendó a unos sinaloas cristianizados que buscasen ese lugar, cómodo y con agua, donde se pudiesen acomodar sus vecinos. Después, fueron los mismos sinaloas los que invitaron a los hites a que se fueran reduciendo a este lugar, emparentándose y reconciliándose con ellos. Como resultado se estableció una red basada en el comercio de sal, producto que los huites estimaban mucho "como gente apartada del mar"[107].

Tiene Pérez de Rivas la seguridad de que no se ha trabajado en valde. Son evidentes los cambios experimentados, en lo político y en lo espiritual, por los indígenas. Se han constituido jerarquías políticas adecuadas a pueblos civilizados; se reconoce la autoridad del misionero; los pueblos están bien edificados y sus casas son firmes; se han eliminado multitud de costumbres bárbaras; los avances de la cristianización son evidentes y se ha desarrollado un mercado y un comercio cada vez más amplio, gracias a la paz y seguridad de los caminos, al uso creciente de caballos para el comercio, al incremento de las tierras de cultivo, a la introducción

103 Pérez, *Historia de los triunfos,* VIII, 3, 476; VIII, 2, 472.
104 Pérez, *Historia de los triunfos,* XI, 5, 677; XI, 23, 711.
105 Pérez, *Historia de los triunfos,* IX, 9, 543; cfr. III, 23, 199.
106 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 26, 208.
107 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 28, 212; III, 29, 213 y 217.

Universidad Pontificia de Salamanca

de ovejas, al desarrollo del arte de tejer y a las múltiples relaciones comerciales establecidas entre indios y españoles[108].

4. LA "SANTA POBREZA" Y EL MARTIRIO

Si la estructura de la obra de Pérez de Rivas repite, en las distintas misiones, el mismo proceso –a saber, descripción de los pueblos indígenas, conversión inicial, conflictos, dificultades o rebeldía (no siempre se da, pero sí con frecuencia) y, por fin, recuperación del control y éxito evangelizador– la obra cobra todo su sentido en los últimos capítulos de cada libro, donde presenta las ejemplares trayectorias vitales de los misioneros ya fallecidos, y, en el libro séptimo, al explicitar la relación de la Compañía con los pobres.

Las vidas de los jesuitas mantienen una estructura sencilla, y repetitiva; tan repetitiva que el mismo Pérez de Rivas tiene conciencia de ello y escribe: "Parecerá que de estos varones santos se escriben acciones y virtudes muy semejantes, y a veces las mismas, pero también se debe considerar, que siendo ellas santas no debo yo privar de ellas a los que gloriosamente las ejercitaron"[109]. Una y otra vez tenemos el mismo esquema.

El primer elemento que se destaca es el origen regional y familiar del sujeto. Con respecto a su nacionalidad los hay tanto de origen español –castellanos, catalanes, andaluces y mallorquines– como novohispano, aparte de dos portugueses y un italiano. Pero lo realmente interesante es su origen familiar. De los diecinueve sacerdotes de los que se presenta una necrológica, de seis se señala que eran hijos de "padres honrados", uno de ellos, además, de "muy abastecidos de bienes temporales"; de ocho su origen noble y, además, uno es "sobrino del primer virrey de la Nueva España", otro se crió "desde muy niño en casa de la duquesa de Alcalá" y, por último, otro era sobrino del padre Jerónimo Nadal, "de quien nuestro padre san Ignacio hizo muy grande estimación"[110]. La información refuerza una idea destacada prácticamente en todos los casos: cualquiera de estos hombres habría podido desempeñar cargos de más responsabilidad, enseñar en prestigiosas universidades o triunfar en el siglo porque tenían "muy buenos talentos, con que pudiera lucir mucho en otros puestos"[111], pero prefirieron consumir sus vidas sirviendo a los indígenas. Establecido este fundamento se presentan sus

108 Pérez, *Historia de los triunfos,* V, 17, 329-30; V, 21, 339-40; VII, 7, 432.
109 Pérez, *Historia de los triunfos,* X, 42, 653.
110 Pérez, *Historia de los triunfos,* X, 43, 660.
111 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 34, 229.

Universidad Pontificia de Salamanca

virtudes; una y otra vez las mismas: caritativos, castos, humildes, mortificados, obedientes, piadosos, prudentes y trabajadores. No vivían más que para asistir y ayudar a los indios en lo espiritual y material.

Entre todas las virtudes, destaca la pobreza. La pobreza tiene un doble sentido: reivindicar a la Compañía y establecer un vínculo profundo entre los jesuitas y sus misionados, asociado al reconocimiento de la grandeza de su condición. En repetidas ocasiones, comparando sus tiendas y sus casas con el portal de Belén, Pérez de Rivas dota de la mayor grandeza a su humilde condición[112]. Es, curiosamente, el mismo tópico que repite, años después, al narrar los orígenes de la provincia jesuita de México, fundada, como la Iglesia en el "portalico de Belén", en una casa pobre, corta y desabrigada[113].

Los misioneros han renunciado a sus bienes familiares y se privan de toda humana comodidad; pobres y caritativos, sólo les preocupa el bienestar de su feligresía, el ornato de la iglesia y la solemnidad de las fiestas. Insiste, en todos los casos, en sus ropajes raídos y remendados, la comida, la cama, la barba descuidada; son como ermitaños e, incluso, han ido más allá en su ascetismo: "Parecíase a los antiguos padres del yermo, a quienes era muy semejante, así en el vestido pobre, y roto, como en la venerable barba crecida, por falta de instrumento y de quien la cortara"[114]. De este modo, alcanzan el martirio o lo viven permanentemente.

Si reconstruye, con tan pretendida veracidad como artificio literario, la muerte de todos los que padecieron martirio, no duda en insistir en los méritos casi martiriales de los restantes. Así, por ejemplo, escribe del padre Pedro Méndez:

> Grandes y muchos fueron los deseos de este santo varón de ser participante de la gracia del martirio y dar su vida por Cristo y por la predicación de su Santo Evangelio, y ya que no le concedió Nuestro Señor que por tan dichosa causa con efecto derramase su sangre como lo deseaba, pero concediole su divina bondad, que no solo una vez, sino muchas, le ofreciese su vida y se viese a grandes riesgos de perderla por dilatar su gloria y darlo a conocer a todas las naciones del mundo[115].

112 Pérez, *Historia de los triunfos,* III, 5, 148.
113 Pérez, *Crónica*, I, 15, 53.
114 Pérez, *Historia de los triunfos,* X, 40, 649.
115 Pérez, *Crónica*, V, 25, 389. Nos sirve el ejemplo de esta su segunda obra, en la que dedica un libro a proseguir la narración de las misiones en Sinaloa y numerosos capítulos, de idéntica factura, a las vidas de sus misioneros.

Universidad Pontificia de Salamanca

5. CONCLUSIONES

La *Historia* de Pérez de Rivas se sostiene sobre una convicción ampliamente compartida. La desarrollada por José de Acosta: la unidad del género humano, su capacidad –radicalmente independiente de cualquier diferencia racial o cultural– de perfeccionamiento moral y político, la responsabilidad civilizadora que asume la tradición cristiana y la afirmación de que el éxito de este proceso integrador y globalizador pasa por asumir que cada pueblo, dependiendo de su desarrollo político y cultural, requiere un trato distinto.

Teniendo esto presente no cabe tampoco ignorar los objetivos de índole política que justifican la redacción de esta amplísima crónica. No se trata en modo alguno de una empresa personal. Forma parte de un gran esfuerzo historiográfico jesuita que, si se remonta a los orígenes de la Compañía, fue sistematizado por Claudio Aquaviva[116].

Pérez de Rivas, pese a tener un conocimiento directo y sólido de las misiones –por haber sido misionero en Sinaloa y provincial de Nueva España–, no escribe su obra para defenderlas; la escribe para defender la obra global de la Compañía, en España y en Europa, como una obra civilizadora y evangelizadora. Una obra que busca superar las formas no libremente asumidas de la *pobreza*, que cuestiona las críticas de todos los que sólo ven en los jesuitas ambición, interés exclusivo por los ricos y ansias de poder.

A lo largo de todo el texto –y nuevamente en su *Crónica* posterior– Pérez de Rivas es consciente de las críticas procedentes tanto del interior de la Monarquía hispánica[117] como del exterior[118] y, en un momento en el que se acusa a los jesuitas de explotar a los indígenas, ni teme ni lamenta los procesos que amenazan la continuidad de los pueblos de misiones, como sí hacen otros autores de ese momento[119]. En este sentido es significativo que no trata –pese a su importancia– del

116 Alcantara Bojorgue, Dante A., "El proyecto historiográfico de Claudio Aquaviva y la construcción de la historiografía de la Compañía de Jesús en la Nueva España a principios del siglo XVII". *Estudios de Historia novohispana*, 40, 1981, pp. 57-80.

117 El enfrentamiento con el obispo Juan de Palafox había traspasado ampliamente las fronteras novohispanas y Pérez de Rivas dedica buena parte de su *Crónica* (capítulos 22-36, del libro II) a defender a la Compañía; cfr. Álvarez de Toledo, C., *Juan de Palafox. Obispo y virrey*. Madrid: Marcial Pons, 2011.

118 Sabe que su obra caerá en manos de enemigos de la Monarquía española y dedica el séptimo libro a refutar los ataques vertidos contra la Compañía por un hereje extranjero; Pérez, *Historia de los triunfos*, VII, 1.

119 Del Río, Ignacio, "El sentido y los alcances de la política segregacionista de los jesuitas en las misiones del noroeste novohispano". ·En: Manuel Marzal y Luis Bacigalupo, *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica 1549 – 1773.* Lima: Pontificia Universidad Católica, 2007, pp. 85-96.

Universidad Pontificia de Salamanca

peso comercial de estos pueblos[120] y sí de la inserción individual, y exitosa, de los indígenas en la economía novohispana.

En último término es un discurso de legitimación del hecho colonial; un discurso de civilización cumplida.

> Y a lo que hemos dicho acerca de lo espiritual y divino, podemos también añadir lo que pasa en lo político, de vivir con mucho concierto y gobierno en sus pueblos; y los que vivían como fieras entre breñas y montes, viven ya con gobierno humano, político y cristiano. Esta es obra del Altísimo, a quien se da la gloria de tan maravillosa mudanza[121].

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ACOSTA, José, *De Procuranda indorum salute* (edición de Luciano Pereña). Madrid: CSIC, 2 vols, 1984 y 1987.

ALCANTARA BOJORGUE, Dante A., "El proyecto historiográfico de Claudio Aquaviva y la construcción de la historiografía de la Compañía de Jesús en la Nueva España a principios del siglo XVII". *Estudios de Historia novohispana*, 40, 1981, pp. 57-80.

ÁLVAREZ DE TOLEDO, C., *Juan de Palafox. Obispo y virrey*. Madrid: Marcial Pons, 2011.

CAÑEQUE, Alejandro, *Un imperio de mártires. Religión y poder en las fronteras de la Monarquía hispánica*. Madrid: Marcial Pons, 2020, pp. 307-315.

DEL RÍO, Ignacio, "El sentido y los alcances de la política segregacionista de los jesuitas en las misiones del noroeste novohispano". ·En: Manuel Marzal y Luis Bacigalupo, *Los jesuitas y la modernidad en Iberoamérica 1549 – 1773.* Lima: Pontificia Universidad Católica, 2007, pp. 85-96.

GÓMEZ DÍEZ, Francisco Javier, "La misión jesuita de Sinaloa (1591-1605) y la obra histórica de Andrés Pérez de Rivas". En: José Luis Caballero Bono (coord.), *Aspectos de la conquista y evangelización de América y Filipinas en los siglos XVI y XVII.* Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2019, pp. 399-405.

HAUSBERGER, Bernd, *Miradas a la misión jesuita en la Nueva España*. México: El Colegio de México, 2015, 202-5.

JIMÉNEZ PABLO, Esther, *La forja de una identidad. La Compañía de Jesús (1540-1640)*. Madrid: Polifemo, 2014.

PÉREZ DE RIVAS, Andrés, *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre gentes las más fieras y bárbaras del nuevo orbe, conseguidas por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Provincia de Nueva España*.

120 Hausberger, Bernd, *Miradas*, 148-153.
121 Pérez, *Crónica*, XI, 4, 498.

Universidad Pontificia de Salamanca

Madrid: Alonso de Paredes, 1645. http://www.memoriachilena.gob.cl/602/w3-article-9547.html

PÉREZ DE RIVAS, Andrés, *Crónica y historia religiosa de la provincia de la Compañía de Jesús de México*. México: Sagrado Corazón de Jesús, 1896, XI, 1, 489.

RODRÍGUEZ VILLARREAL, Juan José, *Los indios sinaloenses durante la colonia, 1531-1785*. México: CIESAS, 2010.

ZUBILLAGA, F., *Monumenta Mexicana*, vol. VII (1599-1602). Roma: IHSI, 1981, pp. 260-352.

Universidad Pontificia de Salamanca